

"A LOS NUEVOS GRADUADOS"

Dr. CARLOS BUSTAMANTE PEREZ
Profesor Principal de la Facultad de Medicina

(Discurso)

Largamente ansiada ha sido por vosotros esta hora, en la que la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Central realiza la "Ceremonia" de vuestra Graduación. No es simple ceremonia: Acto solemne y trascendental es el que hoy día tiene lugar; celebración gozosa para vosotros, para vuestros padres, para vuestros amigos; natividad gloriosa para nuestra Universidad y nuestra Facultad. Vosotros habéis alcanzado la meta de vuestros esfuerzos; la Facultad de Ciencias Médicas ha completado una nueva radiante gestación. Vosotros ya sois profesionales; la Facultad ya os ha hecho médicos.

Hablando un idioma convencional y teórico, se diría que al haber concluido vuestra vida estudiantil, habéis terminado vuestros estudios. Nada más falso: hasta ayer vuestros profesores os guían en vuestros estudios, os invitaban, os incitaban, si queréis, os obligaban a estudiar; desde hoy, la obra de ellos ha terminado y la vuestra empieza; desde hoy es la sociedad, es la familia, es el Estado, es la Patria, es la Humanidad, es el enfermo, es, más que nadie, vuestra conciencia, quienes os obligan a estudiar, a trabajar, a sacrificaros. Y os obligan con un mandato ineludible, que no admite demoras, que no acepta justificaciones, que no entiende de causas y menos de motivos o pretextos para aceptar una tregua ni un descanso ni una negativa para vuestro trabajo.

Hasta ayer fuísteis estudiantes. Teníais vuestro horario de clases, vuestro calendario de labores. Cómo cuidábais que no se os exigiera nada que no esté previamente previsto y progra-

mado! Con qué meticulosa asiduidad urgábais en vuestra fecunda imaginación para encontrar vuestro derecho! Vuestro derecho al descanso! Qué inteligentes eran vuestros profesores para comprender el por qué de una tarea no cumplida, o la razón de un examen postergado, o el motivo justísimo que hubo para no concurrir a una clase. Hasta ayer fuísteis estudiantes. Ahora que ya pasó, confesadlo que fué así. Y no sólo vosotros los que no tenéis vuestro título en la mano todavía. Todos por mi boca estamos hablando todos los que hasta ayer fuimos estudiantes.

Pero eso ya pasó. Desde hoy empieza vuestro estudio. Ya no tendréis que estudiar una lección; ya no se os obligará a preparar una tarea, ni a observar un experimento; ya no esperaréis la calificación de vuestro examen. Ya no hay calendario ni horarios.

Ya sois médicos y vuestra profesión os exige una entrega total. Entrega de vuestra memoria, de vuestro entendimiento, de vuestra voluntad y de vuestra libertad. De todos vuestros derechos solamente os queda uno: el derecho de ser cada día mejores. Esto es lo único, pero esto es todo. En esto consiste lo grandioso de nuestra profesión: exige de nosotros todo lo que somos, a cambio de hacernos buenos. Nos obliga a estudiar la ciencia, para que aprendamos a ser menos presuntuosos de nuestro saber; nos impele al trabajo agotador, para que sepamos que el cansancio fatiga las espaldas de nuestros hermanos; nos quita nuestro pan, para que sintamos el hambre de los que no lo tienen; nos hace inmunes al frío, a las enfermedades, a las incomodidades, para que lloremos la miseria ajena; nos hace compasivos, para que la abyección no nos dé bascas.

Pero en lo que más exigente se muestra, es la fidelidad. Ella es una diosa arrogante, impasible, pura, orgullosamente virginal. Cualquier atentado contra ésta su virtud suprema, lo castiga tornándose en arpía hurente. Degrada a quien le mancha. Corrompe a quien la prostituye. Se diría que es un vaso de finísimo cristal, que difunde un perfume delicado, pero que si su fragilidad es violada, derrama ponzoñoso hedor sobre su violador. Así es vuestra profesión jóvenes médicos. Ved en ella a una madre: amadla, respetadla, veneradla. No hagáis de ella vuestra amante, para satisfacer en ella solamente vuestros apetitos; no la obliguéis a servirnos para vergonzosas orgías comer-

ciales; levantad en vuestra vida un altar para ella. Ella os hará buenos.

Después de pocos minutos váis a prometer cumplir con lo que os mandan las leyes como a doctores en medicina y, luego se os va a leer una bella fórmula de juramento en la que constan algunas convencionales obligaciones que tenéis que acatar. Hacedlo, pero hacedlo pensando que en vuestro fuero íntimo, la única promesa y el sólo juramento que os cumple es el hacer, no solamente como médicos, sino también como hombres, todo el bien que podáis en vuestras vidas, hacerlo por sí mismo, sin distingos ni salvedades, con los ojos cerrados y el corazón abierto.

La Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Central del Ecuador os va a entregar vuestros flamantes títulos de Doctor en Medicina. Lo hace con un gran sentido de legítimo orgullo. Es su obra. Sois su obra. En este momento también adquirís una gran responsabilidad para con la Institución que os ha formado, os ha instruído, os lanza a la agria cuesta para que la subáis. La Universidad está ufana de entregar a la Sociedad los médicos que ha preparado por su encargo y mandato. Toca ahora a la Sociedad recibirlos, honrarlos y cumplir con ellos todas las obligaciones que tiene: respetar su personalidad de hombres y de servidores, defenderlos de la explotación inicua de que pueden ser objeto, no hacerlos fichas, no adjudicarlos un número de orden, no rebajarlos a piezas de una máquina ciega y cruel.

Para terminar, Colegas, permitidme que os repita, de todo corazón, la única frase que expresa fielmente todo el bien que se os puede desear, la que, cuando estuve yo en vuestro lugar, oí de los veraces labios de mi padre y bebí en las lágrimas de dichoso orgullo de mi madre: que Dios os bendiga.